

## CREACIÓN

### ES CUENTO

Ana M<sup>a</sup> Freire

Al cartero le llamó la atención el sobre de aquella carta, algo amarillento, como de papel reciclado, aunque había algo en él -tal vez aquella letra y aquella tinta- que decía que no lo era. Leyó:

*Sra. Dña. Emilia Pardo Bazán  
Tabernas, 11  
La Coruña*

Así, sin distrito postal, y con aquel artículo antepuesto al nombre de la ciudad, que evocaba otros tiempos. También el sello era antiguo y desconocido.

Atravesó con su carrito amarillo las losas húmedas de la Plaza de María Pita en aquella mañana fría de cielo azul, cruzó la Plazuela de los Ángeles, y enfiló la breve calle de Tabernas, al final de la cual se veía el mar. Las gaviotas revoloteaban entre una algarabía de graznidos.

Después de pasar el portón del antiguo edificio, subió a la primera planta y allí entregó al conserje un montón de cartas, en cuya cima estaba la dirigida a quien había sido dueña de aquella casa.

Eran las once de la mañana. El conserje comenzó a clasificar la correspondencia: para el director de la Real Academia Galega, para la Biblioteca, para el Archivo... ¿Qué hacía con aquella carta? ¿Habría olvidado el remitente anteponer Casa-Museo al nombre de la escritora? Porque el edificio era también Casa-Museo Emilia Pardo Bazán, y había varias cartas para la institución.

Finalmente la dejó con las demás sobre la mesa de la conservadora de la Casa-Museo, que en ese momento no se encontraba en su despacho. Cuando ya estaba subiendo a la segunda planta, donde tenía su sede la Academia, el conserje oyó los pasos de Julieta, que regresaba.

En un primer momento no se fijó en las cartas, atenta solo a la cartulina que sujetaba con cuidado entre las manos. Una franca sonrisa mostraba su satisfacción ante aquella fotografía, realmente inédita, una imagen más, y

muy deseada, para ir completando el mosaico de aquella vida: doña Emilia, con un cigarro en la mano, aunque no fumando, se reclinaba en una butaca, mientras dos caballeros en pie se apoyaban en el respaldo y miraban, como ella, hacia la cámara.

No era una imagen en tono sepia, a pesar de su antigüedad, sino en blanco y negro, con toda la nitidez de una fotografía recién revelada: maravillas de la tecnología digital.

- Esto me confirma lo que sospechaba, se dijo Julieta haciendo un guiño victorioso: doña Emilia conocía del tabaco algo más que el olor...

Al dejar la fotografía sobre la mesa, advirtió distraída que había llegado el correo, pero giró de nuevo la cabeza al leer en el primer sobre: *Sra. Dña. Emilia Pardo Bazán, Tabernas, 11, La Coruña.*

¿Era una broma? ¿Cómo había llegado allí esa carta? No iba dirigida a la conservadora, ni a la Casa-Museo, ni a la Academia. Era una carta para la dueña de aquella casa... un siglo atrás. Y tenía todo el aspecto de ser auténtica.

- ¿La abro? -pensó.

Sin dudarle mucho, la abrió. Al contacto con la plegadera, un leve polvillo se posó sobre la carpeta verde oscuro que estaba sobre la mesa. Con cuidado, Julieta extrajo una fina cuartilla doblada, tan fina y tan amarillenta como el sobre, y con alguna dificultad -la letra era vacilante y estaba algo desvaída- leyó:

Muy señora mía:

Iré derecho a mi propósito al rogarle que admita mis sinceras disculpas. No hay tiempo ya de retirar lo dicho ni lo escrito, porque se acerca el final. Espero de su benevolencia tenga a bien perdonar, ya que olvidar no podrá, mi actitud de los últimos años, y desde luego puede hacer uso de esta carta en mi descargo y su favor.

De V. atento y seguro servidor  
Leopoldo Alas

Todavía perpleja, Julieta releyó la carta y examinó de nuevo el sobre, hasta persuadirse de su autenticidad. Pero ¿cómo una carta fechada en Oviedo el 3 de junio de 1901 llegaba a su destino el 28 de noviembre de 2003?

Con la carta en la mano comenzó a subir lentamente la escalera. La puerta del despacho del presidente de la Real Academia Galega estaba abierta, y éste embebido en los papeles que tenía delante.

- ¿Qué te parece? -dijo Julieta en gallego, a modo de saludo, mientras le tendía la carta.

El presidente miró a Julieta, que continuaba de pie, por encima de las gafas.

- ¿Es del archivo?, preguntó después de echarle una ojeada.

- No, llegó en el correo de hoy.

- Déjate de bromas.

- No es broma, te lo juro. Por eso te la traigo. Llega con más de un siglo de retraso.

- Pero no puede ser, alguien la habrá enviado.

- Efectivamente: *Clarín*. ¡Y le pide disculpas! Esto es histórico.

- Pero si no podía ver a doña Emilia, si durante años le hizo la vida imposible. Escribió sobre ella barbaridades...

- Pues se ve que al final se arrepintió. Murió... déjame ver -dijo cogiendo de la estantería el tomo de una enciclopedia-, sí, el 13 de junio de 1901: diez días después de escribir esta carta. Y mientras se sentaba añadió: Al fin y al cabo reconocía en ella a una gran escritora.

- Que le molestaba tanto.

- Bien, pero ¿qué hacemos? No podemos incluirla en los fondos del archivo como si tal cosa.

- ¿Por qué no?

Sobre el telón de un cielo gris ceniza, que clarea hacia el horizonte, las gaviotas graznan revoloteando entre los tejados de la calle de Tabernas; algunas descansan en los bordes de los aleros o junto a las chimeneas. Desde la ventana las contempla pensativa una dama menuda, de rasgos amables, que con ayuda de una criadita joven va introduciendo, poco a poco, algunas prendas de ropa en un baúl.

- No cierres aún, Carmiña, que todavía hay que meter unos libros de mi sobrina.

- Como usted diga, doña Vicenta.

- A ver, acércame esos más pequeños, que pueden caer aquí.

- ¿Le lleva también esta carta?

- Sí, métela en este libro, que así no se arrugará. Todavía hay quien le manda cartas aquí, en lugar de hacerlo a Meirás; no saben que pasamos más tiempo allí que aquí cada vez que venimos. Bueno, ya está. A ver si el cochero no tarda y podemos marchar mientras hay luz.

Atardece cuando el carruaje llega a Meirás. El sol se va ocultando lentamente a lo lejos, hasta sumergirse del todo en la ría de Sada. Ladran alegres los perros a la llegada del coche. La condesa y su hija la escritora

salen a recibir a la tía Vicenta. ¿Fue bueno el viaje? ¿Cómo quedó todo en el caserón coruñés? ¿Ha podido traer los encargos?

- Con cuidado, Nela, que esa es la caja que trajeron de Madrid y, aunque no pesa, es delicado lo que contiene. Martín, usted ayude a Chinto a bajar el baúl, y de momento lo dejan en el zaguán.

Ya de noche, abre Emilia los paquetes. La mantilla de blonda, que encargó a Madrid, es preciosa. Qué bien quedará con el vestido negro que Rita, la modista de Sada, le está bordando con azabaches. También han traído el serón con la ropa blanca, que marcaron las monjas. Y el baúl, lleno hasta arriba de cosas.

- Gracias por los libros, tía Vicenta.

- ¿Pero no lo sabes ya todo, neniña?

- Qué va, tía. Estos los necesito para conocer mejor la Francia revolucionaria. Y estos otros, que son nuevos, los iré leyendo poco a poco. A ver: Pío Baroja, *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*; José Martínez Ruiz, *Diario de un enfermo*; Gabriel Miró, *La mujer de Ojeda...* Lo que veo es que éste ya lo tengo. ¿Lo llevas luego a la biblioteca, Blanca?

- ¿No te digo, Emiliña?, si hasta los libros que te acaban de mandar de Madrid los leíste ya.

El incendio se declaró cuando ya había anochecido. Aunque eran cerca de las nueve, las llamas y la columna de humo podían verse desde lejos. Cuando Álvaro llegó a Meirás, corriendo detrás de su padre con otros rapaces, cuesta arriba desde Mondego, había ya mucha gente, curiosos en su mayoría, porque tampoco dejaban acercarse a cualquiera para ayudar. Al padre de Álvaro sí, y el chiquillo sintió el orgullo de ser el hijo del cartero.

La noche era muy oscura. La Guardia Civil se afanaba transportando objetos de valor que iban sacando del histórico Pazo. Los bomberos, que habían venido desde Coruña, trajinaban de aquí para allá con sus mangueras, tratando de evitar que la catástrofe fuera todavía mayor. Poco después llegaron los camiones del ejército: uno, dos, cinco, doce... muchos. Y los fueron cargando con cuadros y con esculturas, con astas de ciervos y con porcelanas y con alfombras y con tapices y con relojes. Y con libros. Qué cantidad de libros.

Era una suerte que al día siguiente fuera domingo. Álvaro celebraba su santo y su cumpleaños, y en cuanto le dieron permiso no resistió la tentación de echar una carrera hasta Meirás, para ver con luz lo que recordaba casi como un sueño de la noche anterior. No todos los días pasaban cosas así,

y tan cerca. Paisanos y curiosos venidos de los alrededores merodeaban comentando el suceso. Se entrelazaban en el aire las frases de unos y otros.

- Dicen que fue un cortocircuito.
- Para mí que lo hicieron a propósito.
- ¿Quién?

La respuesta fue un encogimiento de hombros.

- Ya decía yo que era demasiado humo para estar quemando broza.
- Pues la familia del caudillo no está aquí, solo vienen en verano.
- ¿Y crees que con lo que pasó no han de venir?
- ¡Cargaron más de veinte camiones militares!
- Gracias a Dios que no vive doña Blanca para ver en que paró la casa de su madre.
- Tranquila mujer, que la han de restaurar.

Era casi la hora de comer y el gentío se iba retirando. Álvaro rodeó la muralla, pasó por delante del portón enrejado, con sus garitas de piedra vacías, aunque los guardias continuaban por allí y, al saltar al otro lado de la cuneta para atisbar por encima del muro, resbaló y cayó al suelo. Entonces vio el libro. La portada decía: Gabriel Miró, *La mujer de Ojeda*. Le sacudió la tierra y las hierbas pegadas, se puso de pie y se frotó las rodillas. Y se lo metió debajo del brazo. Desde luego en aquel suelo húmedo estaría peor.

El despertador de los recuerdos fue una foto en *La Voz de Galicia*. En la oscuridad de una noche, solo iluminada por el flash de la cámara, dos guardias civiles con tricornio transportaban un retrato de Franco joven, erguido, victorioso. Álvaro reconoció inmediatamente la escena: era aquella noche de febrero de 1978, la víspera de su décimo cumpleaños, cuando él había ido con su padre a Meirás, porque estaba ardiendo el Pazo que había pertenecido al caudillo.

Las imágenes de aquella noche estaban en su mente tan nítidas como una película en blanco y negro: la oscuridad, las llamas, el humo, los hombres... Hasta el frío. Y la mañana siguiente, a todo color: la hierba verde y brillante a los lados de la estrecha carretera, el muro del Pazo, con musgo entre las grietas, los curiosos, y la cuneta, y el resbalón, y el libro.

- ¿Y qué fue del libro? ¿Era del Pazo?
- Seguramente, pero no lo sé. Si te digo la verdad, no volví a acordarme de él. Cuando llegué a casa estaba ondulado, por la humedad, y recuerdo que lo metí entre otros que teníamos, para prensarlo. Por ahí andará, entre los que traje cuando me vine a Coruña. Voy a mirar: me pica la curiosidad.

Efectivamente, allí estaba, en medio de otros libros nunca leídos, procedentes de la casa paterna. Al tirar de él asomó entre las hojas una punta de papel amarillento.

- Ten cuidado, que algo se te cae.
- Sí. Mira: es una carta. Para doña Emilia Pardo Bazán. Y no está abierta.
- ¿No la habías visto antes?
- No, ya te digo que me había olvidado de este libro.
- Oye, Álvaro, hay que entregarla. No es tuya y los papeles antiguos son importantes.
- Pero mujer, Emilia Pardo Bazán tiene que haber muerto hace mucho.
- Es igual. La carta tiene una dirección y habrá que llevarla. Lo demás no es cosa nuestra. Suerte que trabajas en Correos.
- De acuerdo. ¿Y el libro también?
- El libro no tiene nombre ni dirección. Además, ¿quién sabe si era del Pazo?

\* \* \*